

Queriendo un negro cuero, que estaa en un ábol su  
ido, comer un hermoso queso, que haía hurtado de  
una entana cercana, le atisó la zorra que empezó a  
adularle:

- ¡Oh cuero, qué listoso es el lustre de tus plumas! ¡Qué  
hermosura la que ostentas en tu cuerpo y en tu semblante! Si  
correspondiera tu voz, ninguna otra ave te llearía en el  
mundo mentaja.

El necio del cuero, queriendo hacer ostentación de su voz, a  
rió el pico para cantar y soltó el queso que ádamente cogió  
entre sus dientes hamrientos la astuta raposa.

Este suceso prueba, cuanto aprovecha el ingenio, y que en todo  
caso más ale maña que fuerza.

Una ruja tenía como profesión ender hechizos y fórmulas para  
calmar la cólera de los dioses; no le faltaan clientes y ganaa  
de este modo ampliamente la vida. Pero fue acusada por ello  
de iolar la ley y lleada ante los jueces que la sentenciaron a  
muerte.

Al erla salir condenada por aquel triunal, un oser  
ador le dijo:

—Tú, bruja, que decías poder desiar la cólera de los dioses, ¿cómo no  
has podido conencer a los homeres?

Un homre tenía un caallo y un urro ya iejo. Un  
día que amos ian camino a la ciudad, el urro,  
sintiéndose cansado, le dijo al caallo:

— Llea un poco de mi carga puesto que a a acaar con  
mi ida.

El caallo, haciéndose el sordo, no dijo nada y el urro  
cayó íctima de la fatiga y murió allí mismo. Entonces el homre

re su  ió toda la carga encima del ca  allo que muy tristemente  
solloza  a:  
—¡Qué mala suerte tengo! ¡Por no ha  er querido cargar con un le  
 e peso ahora lo cargo todo!

La gallina Clotilde  i  ía en un pequeño corral con otras nue  
 e gallinas y el gallo Corindón. Clotilde era la gallina más  ella,  
la que ponía los hue  os más grandes y la preferida de Corindón por su  
ágil  uelo.

En el centro del corral ha  ía un cerezo muy alto que al llegar la prima  
 era se llenó  a de grandes y sa  rosas cerezas que la  
gallina Clotilde picotea  a alcanzando con su airoso  uelo las  
ramas más  ajas cargadas del rojo fruto.

Las otras gallinas se conforma  an con las cerezas que Clotilde les tira  
 a o con las que se caían sacudidas por el  iento.

A  urrida en su corral, una tarde de  erano, agotadas ya la  
cerezas, la hermosa Clotilde emprendió un nuevo  uelo hasta el cerezo  
y, ascendiendo de rama en rama, se su  ió a lo más alto de su copa.  
Desde allí se di  isa  an inmensos campos llenos de granos de  
trigo, prados ha  itados por gusanos y lom  rices relucientes, y  
charcas repletas de insectos y escara  ajos.